



Con respecto a este relato de la resurrección de Lázaro hay que decir también que lo menos importante es su realidad histórica. No tiene sentido discutir si Lázaro estaba muerto de verdad o su muerte era sólo aparente. Al evangelista no le preocupan estas cuestiones; lo que él pretende brindar es una espléndida catequesis, que en el catecumenado de las primeras comunidades se daba en vísperas del bautismo, para que vieran en la resurrección de Lázaro su propio proceso de transformación interior, el paso de la muerte a la nueva vida. El evangelista, el Señor Jesús en definitiva, lo que pretende es que descubramos y experimentemos que "Yo soy la resurrección y la vida", "he venido para que tengan vida abundante". Estamos ante un relato interpelante: el Lázaro muerto, medio muerto, tullido o enfermo soy yo. Tenga la calidad de vida que tenga, puedo vivir una vida mejor. Para ello el Señor resucitado me invita a vivir la amistad con él, como Lázaro, y a estar pendiente de su Palabra fecunda creyendo en su cercanía auxiliadora.

Hay que empezar, claro está, con el reconocimiento de nuestra condición de enfermos, necesitados de vida, anémicos en mayor o menor medida. Basta acercarse a santa Teresa o a san Juan de la Cruz, leer lo que es el proceso hacia la fidelidad total, para ver la vida enclenque que arrastramos, sin darnos cuenta, la mayoría de las personas. En el orden psicológico y espiritual puede ocurrirnos lo que a ciertos enfermos que se creen sanos y que, sin embargo, están devorados por un cáncer dormido. Me impresionó la "ceguera" de una amiga a la que fui a visitar. Me musitó al oído: "Ésa de al lado está muy mal; no se da cuenta, pero tiene los días contados". A los cuatro días murió ella, antes que su compañera de habitación.

Son los santos los que nos revelan que tenemos un alma parapléjica. Da miedo acercarse a ellos y compararnos. Se supone que estamos vivos. Con todo, el ángel del Apocalipsis advierte a la comunidad de Sardes: "Te crees que vives, pero estás muerto" (Ap 3,1). No es cuestión de tener vida, sino de tener calidad de vida.

(Juan Jáuregui)